

DE BUENAS LETRAS

# El libro bicéfalo de Juan Peregrina y Fernando Soriano

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC  
(DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA)

**H**abituados a la fórmula mecánica de que un libro surge de uno o varios autores, no es fácil comentar debidamente y en tan corto espacio esta peculiar entrega conjunta de los poetas Juan Peregrina y Fernando Soriano, en la 'Colección Per{versus}' de GEEPP Ediciones (Sevilla, 2014). Si pensamos que estamos ante un volumen que contiene dos poemarios, no habría mayor dificultad. Bastaría comentarlos cada uno por su parte, y en paz. Sin embargo, hay algo más que redobla el interés. Lo más llamativo nos es tanto que nos encontremos con 'Estigmas y artificios' de Peregrina y 'Centros de curvatura' de Soriano, sino el hecho de que al abrir estas páginas tengamos la grata sensación de que nos adentramos en una mansión con varias estancias, donde unas nos llevan irremediamente a otras por insospechados corredores; una mansión con dos fachadas y que, desde el principio, nos plantea por dónde empezar realmente, si por el texto de Soriano o por el de Peregrina, o por cualquiera de los dos prólogos,

densos e iluminadores, de Cristina Hernández González.

La misma disposición física del volumen nos alienta a lo agradable de la duda, del juego. Lo pongamos como lo pongamos en el anaquel de nuestra biblioteca, el lomo queda dispuesto en perfecto orden. Si nos fijamos en las portadas, cualquiera de las dos es la principal. Sólo unas páginas en blanco en el interior nos establecen una posible frontera. Sin embargo, cuando emprendemos el recorrido, sea por donde sea, nos percatamos que los lindes se diluyen, al configurarse una perfecta unidad de dos voces autónomas, distintas, pero dirigidas, con tino y de manera muy pensada, hacia un mismo fin, abrazadas ambas, igual que un oráculo, por la exégesis de Cristina Hernández: Un experimento editorial realmente atractivo y sugerente.

'Estigma y artificio' de Peregrina es la constatación de que una rigurosa y acertada lectura de los clásicos nos puede llevar a la modernidad. Hay enérgico juego verbal, guiños desde lo culto y lo popular, alguna parodia

lingüística, así como exquisitas gotas de ironía bien dosificada. La mitología grecolatina se entrecruza con esa otra reflejada en los mass-media. Si aparece el Minotauro, como símbolo del poeta, es para que se cruce con la presencia de arlequines, 'clowns', Peter Pan, el Capitán Garfío, los bares del Realejo o preclaras estrellas del porno (Linda Lovelace nos hace señas entre líneas). Lo mismo que la soledad se encuentra con el tango, o el romance sirve para lanzar una diatriba contra los críticos necrófilos que desean apoderarse sin empacho de la memoria del gran Juan J. León.

Junto al formalismo y exuberancia barroca de Peregrina, que entre citas y dedicatorias nos va dejando su personal galería de referencias poéticas, se sitúa la absoluta libertad de Fernando Soriano. El uso de la levedad, de la concisión del arte menor y el haiku le llevan a la búsqueda de la palabra marginal que se sitúa en ese centro acuático, primigenio, intangible, de la curvatura, capaz de captar la realidad invisible que se posa en la superficie de las cosas. Como muy bien expresa el mismo Soriano, utilizando una cita de Chillida, le «interesa más la experimentación que la experiencia». Ello hace que retuerza, separe los vocablos, quebrante la unidad del verso, el orden y el ritmo de la escritura, o que juegue con espacios y silencios. Poesía pura para ser leída y ser vista (imposible, en más de un caso, de reproducirla fuera de su contexto), en la que «el silencio tiene forma de llave».

Un libro, en fin, bicéfalo o, si se quiere, tricéfalo, pero que al añadirle los dos apócrifos ideados por Peregrina (Juan Montalvo e Isaías Gálvez), con el consiguiente juego de espejos que generan, nos encontramos con una serie de itinerarios ocultos que hacen aún más fascinante y llamativa su lectura.